

5ª PLÁTICA: ADICIONES 1ª SEMANA - PENITENCIA

Cuaresma 2021 – (DÍA 11)

Meditaciones de San Alfonso María de Ligorio

Material extra (optativo)

Ofrecemos material extra, optativo, de San Alfonso María de Ligorio, tomado de uno de los dos libros que estamos escuchando en los audios.

†

MORTIFICACIÓN DE LA PROPIA VOLUNTAD¹

Sobre todo, es preciso deprenderse de sí mismo, es decir, de su propia voluntad. Al que logra al fin vencerse así mismo, poco le costará el vencer las demás repugnancias; y ésta es la advertencia que hacía muy a menudo S. Francisco Javier, porque dijo Jesucristo (Mt 16,24): “*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo*”. He aquí en resumen lo que hemos de hacer para ser santos, renunciar a nosotros mismos, y apartarnos de nuestra propia voluntad. Dice S. Francisco de Asís que éste es el mayor don que podemos recibir de Dios. Asegura S. Bernardo que, si todos los hombres renunciasen a su propia voluntad, nadie se condenaría: la propia voluntad vuelve defectuosas hasta las buenas obras: Si por ejemplo un penitente quisiese hacer alguna mortificación, contra la voluntad de su padre espiritual, esta mortificación, como hija del amor propio, sería defectuosa. ¡Ay de aquel que vive esclavo de su propia voluntad! deseará muchas cosas que no podrá lograr, y se verá forzado a sufrir otras que le serán desagradables.

¿De dónde nacen las riñas y pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales hacen la guerra en vuestros miembros? El primer enemigo que tenemos es la carne: huyamos de la ocasión, mortifiquemos nuestros ojos, encomendémonos a Dios, y cesará la guerra. El segundo enemigo es la avidez de las riquezas: amemos la pobreza, y la guerra cesará. El tercero es la ambición: amemos la humildad y la vida oculta, y se acabará también la guerra. El cuarto y más peligroso de todos los enemigos es la propia voluntad: resignémonos a la voluntad de Dios, y la guerra cesará. S. Bernardo dijo que todas nuestras inquietudes nacen de no poder satisfacer la propia voluntad. De ello se quejaba el Señor a Sta. María Magdalena de Pazzi, diciéndole: ¡Hay almas que quieren tener mi espíritu; pero como quieren tenerle de su gusto se hacen incapaces de recibirle!

Es menester pues amar a Dios, pero amarle del modo que a Él le agrada, no como nos agrada a nosotros. Dios quiere que el alma quede despojada de todo, a fin de poderla unirla a sí y llenarla de su amor. A este propósito dice Sta. Teresa: La oración unitiva no me parece ser más que una muerte total a las cosas de este mundo para no

¹ ALFONSO MARÍA DE LIGORIO, *Prácticas de amor a Jesucristo*, Cap. 11.

gozar sino de Dios. Lo cierto es, que cuanto más nos desprendamos de las criaturas por el amor de Dios, más nos llenará Él de su amor y nos unirá a sí.

Muchas personas quisieran llegar a la perfecta unión con Dios, mas no quisieran sufrir ni las adversidades, ni las dolencias, ni la pobreza, ni las afrentas; sin embargo, mientras no estén enteramente resignadas a la voluntad de Dios, no llegarán a esta unión perfecta. Dice Sta. Catalina de Génova, que para llegar a la unión con Dios es preciso pasar por el crisol de las adversidades. Dios nos las envía para purificarnos de todas nuestras malas inclinaciones interiores y exteriores. Así pues, los desprecios, las enfermedades, la pobreza, las tentaciones, todo nos es en extremo necesario para combatir y vencer, y extinguir en nosotros, a fuerza de victorias, todo sentimiento contrario a la ley de Dios. Mientras las adversidades no nos parezcan dulces, con respecto a Dios, no llegaremos por cierto a esta unión divina.

San Juan de la Cruz dice, que, para llegar a la perfecta unión con Dios, es menester practicar una entera mortificación de los sentidos y apetitos; en cuanto a los sentidos, desechar desde luego todo placer que no tenga por mira la gloria de Jesucristo; por ejemplo, si nos viene el deseo de ver u oír alguna cosa que no serviría para unirnos más a Dios, renunciar a ella. En cuanto a los apetitos, inclinarse siempre a lo más penoso, a lo más desagradable, a lo más pobre, sin desear otra cosa que el sufrimiento y el desprecio. En una palabra, el que ama verdaderamente a Jesucristo pierde el afecto a todas las cosas de este mundo, y busca como despojarse de todo para quedar solamente unido a Jesucristo. Todos sus deseos se dirigen a Jesús, piensa siempre en Jesús, suspira siempre por Jesús, y a Jesús tan solo quiere agradar en todo tiempo, en todo lugar y en toda ocasión; más para llegar a este punto es necesario pensar de continuo en desterrar del corazón todo afecto que no sea por Dios. ¿Qué debe, pues, hacer un alma para darse toda a Dios? Debe: 1. Evitar todo cuanto disgusta a Dios, y hacer todo lo que más le agrada; 2. Aceptar sin excepción todo lo que Dios envía, por duro, por desagradable que sea; 3. Preferir en todo la voluntad de Dios a la suya. Ved ahí el modo de ser enteramente de Dios.

Afectos y súplicas

Mi Dios, y mi todo, yo conozco que no obstante mis ingratitudes y mis negligencias, continuáis en llamarme a vuestro amor. Aquí me tenéis, no resistiré más. Yo renuncio a todo para ser de vos; renuncio a mí mismo y a mi propia voluntad. ¡Ah! ¿que no habéis hecho para que yo os ame? Si yo os amo: mi alma arde en amor por vos, o mi dulce Jesús, por vos solo suspiro. ¿Y cómo pudiera no amaros después de haberos visto morir de dolor por mi salud? ¿Cómo pudiera veros clavado en este árbol de dolores, sin amaros con todo mi corazón? Si, yo os amo con toda mi alma, y no tengo otro deseo que amaros en esta vida y por toda la eternidad. ¡Oh Dios mío, amor mío, esperanza mía, mi fuerza y mi consuelo! haced que os sea fiel; ilustradme para que conozca lo que debo arrancar de mi corazón, y dadme la fuerza necesaria para practicarlo: pues en todo quiero obedeceros. ¡Esposo divino de mi alma! me ofrezco y me doy todo a vos para satisfacer al deseo que tenéis de uniros conmigo, a fin de unirme también a vos, ¡mi Dios y mi todo! ¡Ah! venid, ¡Jesús mío! tomad posesión de todo mi ser, y fijad en vos todos mis pensamientos y todos mis afectos. Yo renuncio a

todas mis inclinaciones, a todos los consuelos, a todas las criaturas, Vos sólo me bastáis. Hacedme la gracia de no pensar en otra cosa que, en vos, de no desear sino a vos, de no trabajar sino para vos, ¡mi amor, y mi todo! Y vos, María, ¡madre de mi Dios! alcanzadme la perseverancia.